



Seix Barral

Don DeLillo

En las ruinas del futuro



Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Escrito con una fuerza y una urgencia que se mantienen intactas veinte años después, este texto contiene una breve e intensa reflexión sobre el atentado ocurrido el 11 de septiembre contra las Torres Gemelas que es extraordinariamente vívida y por momentos escalofriante.

DeLillo combina en este texto la emotividad de los hechos con la descripción del dolor de las víctimas. Documento valiosísimo sobre uno de los episodios más terribles de la historia reciente que es, al mismo tiempo, una pieza de un valor literario extraordinario que, con valentía y delicadeza, analiza el atentado como síntoma de una enfermedad religiosa, tecnológica, moral y económica: la guerra entre el pasado y el futuro.

EN LAS RUINAS DEL FUTURO

Don DeLillo

Traducción del inglés por Javier Calvo



En la última década el ascenso de los mercados del capital ha dominado los discursos y ha dado forma a la conciencia global. Las corporaciones multinacionales han llegado a parecer más vitales e influyentes que los gobiernos. La subida espectacular del Dow Jones y la velocidad de internet nos han llamado a vivir de forma permanente en el futuro, en el resplandor utópico del cibercapital, porque allí no existe el recuerdo y es el lugar donde los mercados no están controlados y el potencial de inversión no tiene límite.

Todo esto cambió el 11 de septiembre. Hoy el relato del mundo lo vuelven a escribir los terroristas. Pero el objetivo principal de los hombres que atacaron el Pentágono y el World Trade Center no fue la economía global. Fue Estados Unidos quien provocó su furia. Fue el brillo de nuestra modernidad. Fue el ímpetu de nuestra tecnología. Fue eso que se percibe como nuestra impiedad. Fue la fuerza bruta de nuestra política exterior. Fue el poder que tiene la cultura estadounidense para infiltrarse en todas las paredes, hogares, vidas y mentes.

La respuesta del terror es un relato que se ha ido escribiendo a lo largo de los años, pero que ahora se vuelve inexorable. Los territorios que han quedado ocupados ahora son nuestras vidas y mentes. El acontecimiento catastrófico ha cambiado nuestra forma de pensar y de actuar, momento a momento y semana a semana, y no sabemos cuántas semanas, meses y años de acero están por venir. Nuestro mundo, o por lo menos varias partes de nuestro mundo, se ha precipitado en el de ellos, lo cual quiere decir que ahora vivimos en un lugar de peligro y de furia.

Los manifestantes de Génova, Praga, Seattle y otras ciudades quieren ralentizar ese impulso global que parece estar llevándonos a ciegas a un paisaje de consumo robotizado y de inestabilidad social, y también mermando seguramente la capacidad de la mayoría de la gente de la mayoría de los países para decidir sus propios destinos. Fieran cuales fueran los actos de violencia que marcaron las protestas, la mayoría de los hombres y las mujeres involucrados en ellos tienden a ser una influencia moderadora que intenta ralentizar la situación, estabilizar la situación, postergar ese futuro al rojo vivo.

Los terroristas del 11 de septiembre, por su parte, quieren traer de vuelta el pasado.

Nuestra tradición de libertad de expresión y la salvaguardia que hace nuestro sistema judicial de los derechos de los acusados solo pueden parecerles una ofensa a unos hombres entregados al terror suicida.

Nosotros somos ricos, privilegiados y fuertes, pero ellos están dispuestos a morir. Esa es la ventaja que tienen, el fuego de la fe agraviada. Nosotros vivimos en un mundo muy grande, rutinariamente lleno de toda clase de intercambios, un circuito abierto de trabajo, conversaciones, familias y sentimientos expresables. El terrorista, infiltrado en un pueblo de Florida, empujando su carrito de supermercado, saludando con la cabeza a su vecino, vive de una manera mucho más restringida. Esa es su ventaja y su fuerza. Las conjuras reducen el mundo. El terrorista trama una conjura en torno a su rabia y nuestra indiferencia. Vive una modalidad muy concreta de separación, dura y tensa. No es el narcisista, ese chaval blanco blandengue y desorientado que dispara a alguien para evitar desaparecer en su propio interior. El terrorista comparte con los suyos un secreto y un yo. En un momento dado sus hermanos y él pueden empezar a sentirse menos motivados por la política y por el odio que por el hecho en sí de la hermandad. Tienen en común los códigos y los protocolos de su misión en este territorio, y también algo más profundo, una visión del juicio y la devastación.

¿Acaso la imagen de una mujer empujando un carrito de bebé ablanda al terrorista, obligándole a ver su humanidad y su vulnerabilidad, y también la de su criatura, y la de toda la gente que ha venido a matar?

Esa es su ventaja, que no la ve. Años aquí, esperando, yendo a clases de vuelo, desempeñando rutinas de la comunidad y del hogar, la tarjeta de crédito, la cuenta bancaria, el apartado de correos. Todo táctico, vinculado, estratificado. Sabe quiénes somos y lo que significamos en el mundo: una idea, una fiebre justiciera en el cerebro. Pero al final de su mirada no hay ningún ser humano indefenso.

La sensación de desarticulación que oímos en la expresión «nosotros y ellos» nunca ha sido tan impresionante por ambas partes.

Podemos decirnos a nosotros mismos que lo que sea que hayamos hecho para inspirar amargura, desconfianza y rencor no puede ser tan execrable como para provocar los eventos de ese día. Pero el apocalipsis no tiene lógica. Sus artífices han traspasado las fronteras de la retribución apasionada. Esto es el cielo y el infierno, una noción de martirio armado entendido como drama máximo de la experiencia humana.

El hombre jura sumisión a Dios y medita sobre la sangre que se va a derramar.

La Administración Bush sentía nostalgia de la guerra fría. Ahora esto se ha acabado. Se han acabado muchas cosas. El relato termina en los escombros, y nos compete a nosotros crear el contrarrelato.

Hay cien mil historias recorriendo Nueva York, Washington y el mundo. Dónde estábamos cuando pasó, a quién conocemos, qué hemos visto u oído. Las citas con el médico que salvaron vidas. Los móviles que se usaron para denunciar los secuestros. Historias que generan otras historias y gente que corre hacia el norte para escapar del bramido del humo y la ceniza. Hombres corriendo en traje y corbata, mujeres que han perdido los zapatos, policías huyendo del desplome del cíclope de acero.

La gente huyendo despavorida forma parte de la historia que nos ha llegado.

Hay historias de heroísmo y de encuentros con el horror. Hay historias que están bordeadas de ese halo luminoso de la coincidencia, el destino o la premonición. Que nos llevan más allá de las simples cifras de muertos y desaparecidos y nos ofrecen el vislumbre de una existencia elevada. Por cada cien personas muertas de forma arbitraria, necesitamos encontrar a una salvada por un destello de premonición. Hay coincidencias que nos dan escalofríos y nos sobrecogen. Dos mujeres a bordo de dos aviones distintos, amigas íntimas, que mueren juntas y separadas, en la Torre 1 y la Torre 2. ¿Qué desoladora tragedia épica podría soportar el peso de semejante yuxtaposición? Aunque también podemos preguntarnos qué simetría, siniestra pero también conmovedora, se lleva a una amiga y le ahorra su dolor a la otra.

El hermano de una de las mujeres trabajaba en una de las torres. Consiguió escapar.

Otro aspecto de nuestra reacción son los homenajes improvisados a las víctimas que se han juntado en Union Square Park, a unos tres kilómetros al norte del lugar del ataque. Banderas, lechos de flores y velas, una farola de la que cuelgan aviones de papel, pasajes del Corán y de la Biblia, cartas y poemas, un John Wayne de cartón, dibujos infantiles de las Torres Gemelas, letreros pintados a mano que ofrecen abrazos gratis, caricias en la espalda gratis, pintadas de amor y paz en la alta estatua ecuestre.

Hay muchas fotografías de desaparecidos, algunas acompañadas de listas esperanzadas de rasgos identificativos (hombre con tatuaje de pantera en la parte superior del brazo). Hay un saxofonista que toca bajito. Hay una escultura en forma de bandera ondeante de cobre y aluminio, de ocho metros de largo, en cuyos últimos detalles todavía trabajan un par de jóvenes.

Y también está la gente que visita el parque. Los artefactos en exposición representan la

confluencia de una serie de corrientes culturales, patrióticas, multidevocionales y retrohippies. Los visitantes se mueven lentamente entre los aromas en suspensión de la cera de las velas, de las rosas y de los humos de escape de los autobuses. Esta noche hay mucha gente, y con sus voces, modales, indumentarias y colores de piel los presentes reproducen la misma mezcla que vemos en las caras fotocopiadas de los desconocidos.

En los próximos cincuenta años habrá gente que no estuvo en la zona durante los ataques, pero que afirmará que sí. Con el tiempo, algunos llegarán a creérselo. Otros afirmarán que perdieron a amigos o parientes aunque no sea así.

Eso es también el contrarrelato, una historia en la sombra de recuerdos falsos y pérdidas imaginarias.

Internet es un contrarrelato, conformado en parte por los rumores, las fantasías y las reverberaciones místicas.

Los móviles, los zapatos perdidos, los pañuelos cubriendo las caras de los hombres y mujeres que corren. Los cúteres y las tarjetas de crédito. Los papeles que cayeron flotando de las torres y cruzaron el río hasta los jardines de las casas de Brooklyn: informes de actividad, currículums, impresos de pólizas. Hojas de papel clavadas en el cemento, según los testigos. Papel incrustado en neumáticos.

Estos son algunos de los objetos pequeños y de las historias más marginales que surgen tras cribar las ruinas de la jornada. Los necesitamos, incluso las herramientas prosaicas de los terroristas, para contraponerlos a ese espectáculo inmenso que nos sigue pareciendo imposible de gestionar, demasiado poderoso para insertarlo en nuestro marco de respuestas ensayadas.

La ceniza salpicaba las ventanas. Karen estaba a medio vestir, cogiendo a las niñas y tratando de ponerse algo de ropa y de hablar con su marido y de recoger cosas para sacarlas al pasillo, y sus niñas gemelas la miraban como si tuviera catorce cabezas.

Se quedaron un rato en el pasillo, pensando que quizá hubiera explosiones secundarias. Esperaron hasta que empezaron a sentirse más seguros y regresaron al apartamento.

Cuando llegó el siguiente impacto, Marc supo una fracción de segundo antes de que la onda de choque golpeará de costado su edificio que era un segundo avión, lo imposible, estrellándose en la segunda torre. Su edificio quedaba a dos manzanas de distancia de allí, y él había pensado que el primer impacto había sido un accidente.

Volvieron al pasillo, donde se empezaba a congregarse más gente, quince o veinte personas.

Karen volvió corriendo a por un móvil, un inalámbrico, un cargador, agua, jerséis y algo de comer para las niñas y, por último, hizo una rápida incursión en el dormitorio para coger su anillo de boda.

Desde la ventana vio individuos corriendo por la calle, y a otros arrimados entre sí, paralizados, bajo la lluvia de escombros. Había gente pisoteada, golpeada por objetos caídos, y había ceniza y papel por todas partes, papel volando por los aires, y ni rastro de luz ni del cielo.

Los móviles no funcionaban. Lograron comunicarse por el inalámbrico y recibieron información con cuentagotas. Se convencieron de que era mucho más peligroso estar fuera que permanecer allí dentro.

Empezó a entrar humo en el pasillo.

Y entonces cayó la primera torre. Karen pensó que era una bomba. Cuando habló con alguien por el teléfono y se enteró de lo sucedido, sintió un alivio surrealista. No estaban cayendo bombas ni misiles en la ciudad. No era una guerra abierta, por lo menos todavía.

Marc estaba en el apartamento, cogiendo sillas para la gente mayor, para la señora a la que habían operado de la cadera. Cuando oyó el primer estruendo, se quedó quieto, con una extraña calma total, y dijo: «Está pasando algo». Sonaba exactamente a lo que era: una torre alta desplomándose.

Las ventanas ya estaban cubiertas de ceniza, completamente negras, y Marc se preguntó qué habría allí fuera. ¿Qué más quedaba por ver?, y ¿acaso quería verlo?

Todos se trasladaron a la escalera del edificio, al otro lado de una salida de incendios, pero no paraba de entrar humo. Era ceniza en polvo, y se la estaban tragando.

Volvió a entrar corriendo y cogió toallas de los toalleros y paños de los cajones; los empapó todos en el lavabo, llenó las cantimploras de su bicicleta y cogió la ropa interior de las niñas.

Pensó que el mayor peligro era acabar aplastados por los edificios. Que sería eso lo que los mataría.

Karen estaba al teléfono, hablando con una amiga que tenía en la oficina del fiscal del distrito, ochocientos metros más al norte. Le estaba suplicando ayuda. Rogó, suplicó y colgó el teléfono. Durante la hora siguiente un detective la estuvo llamando para darles consejos y ánimos.

Marc volvió al pasillo. Creo que podemos morir, se dijo a sí mismo, sin atreverse del todo a afrontar su idea de lo que les esperaba.

El detective le dijo a Karen que no se movieran.

Cuando cayó la segunda torre, mi corazón cayó con ella. Llamé a Marc, que es sobrino mío, a su inalámbrico. No me podía quitar de la cabeza el tamaño de las torres y la escasa distancia que las separaba de su edificio. Me contestó y hablamos. No tengo más recuerdo de la conversación que su comentario final, apremiante, diciéndome que había alguien por la otra línea que quizá fuera a mandarles ayuda.

Ahora salía humo del hueco del ascensor. Karen se estaba despidiendo de su padre en Oregón. No despidiéndose hasta otra. Despidiéndose como «creo que vamos a morir». Ella creía que lo que les mataría sería el humo.

La gente estaba sentada en sillas pegadas a las paredes. Hablaban de asuntos prácticos. Cantaban canciones con los niños. Los niños del grupo cooperaban porque los adultos estaban muertos de miedo.

Se improvisó una operación de rescate. La amiga de Karen y un colega bajaron desde Centre Street y llegaron con dos policías a los que habían reclutado por el camino. Tenían mascarillas para el polvo y un destino, y registraron todas las plantas por si había quedado alguien en otras partes del edificio.

Salieron a un mundo de ceniza y oscuridad cuasi nocturna. Ya no se veía a nadie por las calles. La ceniza gris cubría los coches y la acera, llovía en forma de grandes copos, seguían cayendo papeles, había zapatos abandonados, cochecitos de bebé, maletines. Los miembros del grupo llevaban mascarillas y toallas, los niños iban en brazos de los adultos, primero hacia el este y después hacia el norte por Nassau Street, intentando no mirar lo que los rodeaba, solo lo que tenían inmediatamente delante, paso a paso, todos concentrados, una mujer embarazada, un recién nacido, un perro.

Ya estaban cubiertos de ceniza para cuando pudieron refugiarse en la Pace University, donde había comida y agua, y personal amable y eficiente, y una alerta de fuga de gas, y más gente corriendo.

Los trabajadores empezaron a rociar al grupo con agua. Seguid mojados, seguid mojados. Ese fue el tema recurrente de la primera media hora.

Luego se empezó a formar una cola a lo largo del mostrador de la comida.

—Al mío no le pongas queso —dijo alguien.

—Lo prefiero menos hecho —dijo alguien.

Lo cual no era tan incongruente; no era más que gente viva y hambrienta que empezaba a ser ella misma otra vez.

La tecnología es nuestro destino, nuestra verdad. Es lo que tenemos en mente cuando nos calificamos de superpoder único del planeta. Los materiales y métodos que diseñamos nos permiten reclamar nuestro futuro. No tenemos que depender de Dios ni de los profetas ni de otras cosas asombrosas. Lo asombroso somos nosotros. El milagro es lo que producimos nosotros, los sistemas y redes que cambian nuestra forma de vivir y pensar.

Pero sean cuales sean los entramados tecnológicos que nos esperan, cada vez más complejos, interconectados, precisos y microfraccionales, ahora el futuro ha sido momentáneamente derrotado por el arrebato expeditivo medieval, por las viejas y lentas furias de la religión degolladora.

Mata al enemigo y arráncale el corazón.

Si esos miembros de culturas menos avanzadas científicamente pudieran compartir, quisieran compartir, algunas de las ventajas de nuestra tecnología, sin que eso supusiera una amenaza a su fe o a sus tradiciones, ¿acaso necesitarían a un Dios en cuyo nombre matar a los inocentes? ¿Acaso necesitarían inventar a un Dios que recompensa la violencia contra los inocentes con promesas de un «paraíso infinito», por citar una carta manuscrita que se encontró en la mochila de uno de los secuestradores?

Frente a todos quienes quizá desean lo que tenemos, están todos aquellos que no lo quieren. Son los hombres que han construido una moralidad de la destrucción. Quieren lo que tenían antes de que llegaran las oleadas de la influencia occidental. Ciertamente se ven a sí mismos como elegidos de Dios, independientemente de que sigan o no los preceptos del islam. Hablar con Dios es el presunto derecho de quienes eligen la violencia y la muerte. Matarán y morirán después. O bien morirán primero, en la cabina de vuelo, con los zapatos limpios, de acuerdo con las instrucciones de la carta.

Seis días después de los ataques, la zona inmediatamente al sur de Canal Street está cortada por barreras policiales. Hay pocos civiles en las calles. Policías en algunos puestos de control y tropas de camuflaje con máscaras antigás en otros, y un par de policías estatales conversando, y diez hombres fornidos caminando en dirección este con cascos de obra, pantalones de trabajo y chaquetas del Departamento de Policía de Nueva York. El dueño de un comercio intenta convencer a un agente para que lo deje entrar en su establecimiento. Es un anciano bajito con acento judío, pero hoy no es su día de suerte. Hay montañas altas de bolsas de basura por todas

partes. La zona está embarrada y tiene un aire tercermundista, de emergencia permanente, con todo recubierto de ceniza.

Es posible atravesar algunos controles policiales y dar un rodeo alrededor de otros. En Chambers Street miro en dirección sur a través de la alambrada temporal de la empresa de alquiler de vallas National Rent-A-Fence. Al otro lado hay los restos humeantes de filigranas metálicas que señalan la última construcción alta, el último indicio entre la masa de escombros de que allí hubo unas torres que dominaron el horizonte urbano durante más de un cuarto de siglo.

Diez días después, y ya mucho más de cerca, me planto frente a otra barrera donde ya hay un grupo de personas contemplando directamente el armazón de la fachada reventada. Está casi demasiado cerca. El resultado es casi romano, con vigas en vez de sillares, aunque no tan fácil de reutilizar. Muchos de los presentes les están describiendo la escena a otras personas con sus móviles.

—Oh, Dios mío, estoy aquí mismo —dice el hombre que tengo al lado.

Las torres del World Trade Center no solo eran un emblema de tecnología avanzada, sino también una justificación, en cierto sentido, de la voluntad irresistible que tiene la tecnología de traducir a formas sólidas todo aquello que permite la teoría. Una vez definidos, hay que llegar a todos los límites. El sutil revestimiento de las torres estaba destinado a mitigar la sensación de amenaza directa de semejante enormidad de líneas rectas, un gigantismo que a lo largo de los años se suavizó hasta convertirse en algo un poco más familiar y cómodo, incluso fiable en cierto sentido.

Ahora un pequeño grupo de hombres ha alterado literalmente el horizonte de la ciudad. Hemos retrocedido en el tiempo y en el espacio. Es su tecnología la que marca nuestros momentos, ya sean los pequeños artefactos letales, esos detonadores remotos que construyeron con radios, o bien la tecnología de mayor envergadura que nos cogieron prestada, los aviones de pasajeros que transformaron en misiles tripulados.

Quizá esto sea un siniestro subtexto de su misión: el hecho de que vieron algo inherentemente destructivo en la naturaleza de la tecnología. La tecnología mata sus costumbres y creencias. Por tanto, había que usarla como lo que es, una cosa que mata.

Hace casi once años, durante el conflicto del golfo Pérsico, la gente tenía problemas para distinguir la guerra de la cobertura de la guerra. Después de los primeros días de euforia, la cobertura se volvió limitada. El subidón de ver todas aquellas inquietantes imágenes de color verde, filmadas en modo de visión nocturna desde cazas en pleno combate, había sido tan intenso que ahora se hacía difícil aceptar el hecho de que la guerra continuaba, ya sin televisar. Se había extirpado una capa de conciencia. La gente caminaba nerviosamente, murmurando. Echaban de menos su guerra.

Los acontecimientos del 11 de septiembre fueron retransmitidos de manera infatigable. No se produjo confusión alguna de roles en la televisión. El acontecimiento en bruto era una cosa, la cobertura era otra distinta. El acontecimiento dominaba el medio. Era luminoso y totalizador, y a algunos nos parecía irreal. Cuando decimos que algo es irreal queremos decir que es demasiado real, un fenómeno tan inexplicable y sin embargo tan ligado al poder de los hechos objetivos que no podemos someterlo al sesgo de nuestra percepción. Primero los aviones impactaron en las torres. Al cabo de unos momentos nos resultó posible asimilar esto, a duras penas. Pero cuando cayeron las torres, cuando el humo empezó a descender planta a planta, eso ya fue tan enorme y terrible que quedó fuera del alcance de la imaginación aun mientras estaba sucediendo. No podíamos concebirlo. Pero era real, cruelmente real, una expresión de la física de los límites estructurales y un vacío en la propia alma, y vimos una antena gigantesca cayendo del cielo, cayendo a plomo, con el lado ancho por delante, como una flecha yendo hacia atrás en el tiempo.

El acontecimiento en sí no puede obtener las indulgencias de la analogía o del símil. Tenemos que encajar el *shock* y el horror tal como nos llegan. Pero el lenguaje vivo no se ve mermado. El escritor quiere entender el efecto que este día ha tenido en nosotros. El tiempo empieza a escasear. Hay una sensación de compresión, de planes apresurados, de tiempo forzado y distorsionado. Pero el lenguaje es inseparable del mundo que lo provoca. El escritor empieza en las torres, intentando imaginar el momento, desesperado. Antes que la política, antes que la Historia y la religión, está el terror primitivo. Gente cayendo de las torres cogidos de la mano. Forma parte del contrarrelato: la unión de manos y espíritus, la belleza humana en plena masa hundida de acero.

En su abandono de toda base de comparación, el acontecimiento afirma su singularidad. Hay algo vacío en el cielo. El escritor trata de conferirle memoria, ternura y significado a todo ese espacio aullante.

Nos gusta pensar que América inventó el futuro. Estamos cómodos con el futuro, tenemos una relación íntima con él. Pero ahora se están produciendo cambios, tanto grandes como pequeños, una cadena de reconsideraciones. Dónde vivimos, cómo viajamos, en qué pensamos cuando miramos a nuestros hijos. Para mucha gente, el acontecimiento ha alterado la textura de los momentos más rutinarios.

Quizá descubramos que la ruina de las torres está implícita en otras cosas. En la nueva PalmPilot que tenemos al alcance de los dedos, en la limusina extralarga que hay aparcada delante del hotel, en el rascacielos en construcción del Midtown que lleva el nombre de uno de los grandes bancos de inversiones: todo rondado de alguna forma por el fantasma de lo sucedido, menos investido de autoridad, menos cimentado en las prerrogativas que ofrece.

Hay temor a otras clases de terrorismo, a la posibilidad de que las armas biológicas y químicas contaminen el aire que respiramos y las aguas que bebemos. No había mucha preocupación por estas cosas en las postrimerías de otros ataques terroristas previos. Esta vez estamos intentando ponerle nombre al futuro, no con la esperanza que nos caracteriza, sino guiados por el miedo.

Lo sucedido hasta ahora ya basta para afectar al aire que nos rodea, en términos psicológicos. Todos respiramos los efluvios de Manhattan, donde las partículas de los muertos lo impregnan todo, la suave brisa que viene del río, los tejados y las ventanas, nuestro cabello y nuestra ropa.

Imaginad un futuro donde los componentes de un microchip tengan el tamaño de átomos. Los artefactos que marquen el ritmo de nuestras vidas operarán desde los elegantes espacios cuánticos de la información pura. Y ahora pensad en incontables millares de personas congregadas por la rabia y jurando vengarse. Fotos ampliadas de mártires y clérigos colgando de los balcones, y las imágenes de mayor tamaño son las de un líder terrorista.

Dos fuerzas en el mundo, el pasado y el futuro. Al acabarse el comunismo, quedó claro que habían prevalecido las ideas y los principios de la democracia moderna, pese a las desigualdades del sistema en sí. Y sigue siendo el caso. Pero ahora también existe un Estado teocrático global, sin fronteras y flotante y tan obsoleto que necesita depender del fervor suicida para alcanzar sus metas.

Las ideas evolucionan y degeneran, y la Historia da un golpe de volante.

El viernes de la primera semana, una larga comitiva de vehículos avanza lentamente en dirección oeste por Canal Street. Camiones de basura, camiones de plataforma, barredoras viales. Excavadoras gigantes emitiendo un ronroneo atronador. Una cantidad exigua de peatones, algunos con mascarillas, otros simplemente plantados, mirando, la población indígena, pegada a las paredes y los portales, poco acostumbrada a un tráfico que no les traiga compradores y vendedores, mercancías y dinero en metálico. El vehículo de rescate de los bomberos y el coche patrulla de la policía estatal, las sirenas entrecortadas de una comitiva de furgones policiales. Hay policías frente a las barreras de caballete, intentando despejarles el camino. Ambulancias, grúas de plataforma, una flota de camiones de la Con Ed, todo este clamor dirigiéndose a unas pocas manzanas más al sur, al interior de la nube de arena y ceniza.

Hacía un mes que yo había hecho el mismo trayecto a pie, a media tarde, por entre la multitud, la muchedumbre panétnica de compradores, comerciantes, residentes, gente de paso y el chaval con rastas que iba en bicicleta por la acera. Ese era el espíritu de Canal Street, aquel viejo bullicio que llevaba tantas décadas sin cambiar y donde no se veía ni rastro del SoHo de más al norte, con sus restaurantes y sus *lofts* de artistas, ni de la TriBeCa de más al sur, rica en texturas arquitectónicas. Aquí había ferreterías, equipos de música para coches, goma espuma y plástico industrial, salones de tatuajes y pizzerías.

Entonces vi a la mujer de la alfombra de plegarias. Acababa de doblar la esquina y ponía rumbo al sur para encontrarme con unos amigos y allí estaba, joven y delgada, con un pañuelo de seda en la cabeza. Era la hora de la plegaria vespertina y la mujer estaba de rodillas, con la mitad superior del cuerpo inclinada hacia el borde de la alfombra. Quedaba parcialmente escondida por un par de carros de venta ambulante y nadie parecía fijarse en ella. Creo que había otra mujer sentada en una silla plegable cerca del bordillo. La figura de la alfombra estaba orientada hacia el este. Lo más cercano que tenía en aquella dirección era un escaparate situado a dos o tres palmos de su cabeza inclinada, pero en la distancia, y de forma pertinente, estaba La Meca, por supuesto, la ciudad más sagrada del islam.

Hay alfombras de plegaria que incluyen en su diseño un mihrab, un elemento en forma de arco que representa el nicho para oraciones de la mezquita orientado hacia La Meca. Lo único que necesitaba la joven para alinear su posición era el plano de calles de Manhattan.

La vi rezar y me quedó más clara que nunca esa grandeza cotidiana y enorme de Nueva York que solemos dar por supuesta. Es una ciudad que acomoda todos los idiomas, rituales, creencias

y opiniones. En los listados de muertos del 11 de septiembre, todas aquellas diferencias vitales fueron canceladas por el impacto y el fogonazo. Hay cantidades enormes de cuerpos desaparecidos. Más dolor para los supervivientes. Pero los muertos son una nación y una raza propia, una misma identidad, jóvenes o viejos, devotos o infieles: una unión de almas. Durante el *haji*, la peregrinación anual a La Meca, los fieles deben eliminar hasta el último indicio de su estatus, sus ingresos y su nacionalidad, los hombres vistiéndose con idénticos retales de tela blanca sin costuras, las mujeres con las cabezas cubiertas, todos rememorando por medio de la plegaria su hermandad con los muertos.

Allahu akbar. Dios es grande.

2002

En las ruinas del futuro
Don DeLillo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *In the Ruins of the Future*

Diseño e imagen de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Don DeLillo, 2001
Publicado originalmente en *Harper's Magazine*, diciembre 2001

© de la traducción, Javier Calvo, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-322-3915-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

